

Sueño o utopía



por *Jerónimo Calero*

Hay varias maneras de hablar de política municipal: Desde la oposición, desde el seno del partido en el gobierno, desde la indiferencia, desde el desencanto, desde la independencia, desde la prepotencia, desde el propio juicio («Si yo fuera...»), desde la tolerancia, desde el odio, como esta que yo utilizo desde no sé donde.

Alguien podrá llamarlo ambigüedad con un sentido peyorativo como si esa ambigüedad consistiese en no saber a qué carta quedarse, o en querer contentar a todo el mundo, o en sentir temor a manifestarse decididamente, o nadar entre dos aguas; incluso a falta de criterio, a sentido de la oportunidad, o a sabe Dios cuantas cosas más. Lo cierto es que hablar, de política o de cualquier otra materia, en un medio público como Siembra, tan localista, supone un desnudo en tu propia sala de estar; y hay quien es más pudoroso o quien es más exhibicionista; quien pretende sorprender y quien quiere pasar desapercibido, quien tiene un sentido dogmático y quien piensa que puede estar en un error; quien apela a su espíritu quijotesco o quien va de Sancho por la vida.

Ante tal variedad de planteamientos y protegidos por una libertad de expresión jamás conocida, se llenan hojas y hojas de papel del que estamos haciendo un mal uso y de lo que alguien pagará las consecuencias en un futuro no muy lejano) para dejar claras nuestras discrepancias, nuestras fobias, nuestras manías personales, nuestra visceralidad, nuestros resentimientos a, a veces nuestra buena voluntad, casi siempre nuestro afán de notoriedad... en aras de un deseo inhe-

rente al ser humano de ir en contra de lo establecido.

Y es que no queremos darnos cuenta de que esto es un juego con unas reglas establecidas que cada cuatro años podemos y en su caso, debemos cambiar, puesto que existe un pluralismo político que permite esa posibilidad. Hay quien dice ¿pero qué pasa, que porque se ganen unas elecciones se tiene patente de corso para cuatro años?. A lo mejor sería -según este criterio- necesario reelegir a los gobernantes cada cuatro meses; o la lo mejor no se dan cuenta de qué es el pueblo el que tiene la palabra y que pese a tan encontradas opiniones, al final decide soberamente; a lo mejor la democracia no el mejor modo- aunque parece ser el menos malo- o no está lo suficientemente revalidada para evitar que se produzcan determinadas oligarquías (votantes manipulados, marginales, seniles) porque el «todo vale» da pie a que esto, más que un juego sea una guerra; a lo mejor las listas cerradas que dan lugar -según los que las defienden- a una homogeneidad necesaria para gobernar están frenando el proceso democrático exigible por quienes consideran que la acción de gobierno no es una acción de poder y de enfrentamiento, sino de cooperación y de entrega.

Pero todo esto, que es opinable, ya tiene valedores entre quienes ocupan escaños en el parlamento y son ellos quienes deben ganarse se sueldo mejorando y corrigiendo los defectos de forma o de fondo que salgan al paso. Las voces independientes no tienen cabida entre quienes se amparan en unas reglas herméticas que parece ser- a nadie conviene

modificar. Y si esto es así, ¿para qué sirve desgañarse si al final, la última palabra la tienen las urnas? ¿De qué salud goza una democracia en la que la presa tiene más capacidad de derrocar al gobierno que la propia oposición? Y aún siendo esto positivo, ¿no sería mejor que fuera el parlamento el que decidiera las circunstancias en las que unas elecciones generales debieran anticiparse?. Yo en mi ingenuidad, imagino una luz de «peligro» a manera de las que en los coches indican falta de agua o de aceite y hacen inevitable la revisión.

Me decía un buen amigo, dándome unas lecciones prácticas de arada que siempre había que ir enderezando el corte. Pues de eso se trata en definitiva: De avanzar corrigiendo y mejorando hasta dejar sentadas las bases de buen funcionamiento. Es decir: si mañana -un suponer- ganara la derecha, ¿sería lógico que volvieran a cambiar el nombre de las calles, o la fuente de la plaza, o quitaran la balaustrada del río porque a alguien le parezca un paseo marítimo?. ¿Será tan difícil gobernar de común acuerdo haciendo que las cosas sean solo cosas y no intereses de partido? ¿Hasta cuándo nos van a perseguir los fantasmas del odio y la intolerancia?.

Después de estas reflexiones, una cosa me está quedando clara: No soy ambiguo, puede ser sea utópico y esté hablando de un sueño sin presente; pero es en la utopía donde pueden estar las soluciones.